JUAN
ANTONIO
MONROY

LOS TRES ENCUENTROS

LOS TRES ENCUENTROS

Imp. izaguirre - Madrid

Madrid 1964

Al recuerdo de Jaime Casademont, que terminó de morir en plena juventud y se fue a vivir con su Señor, confiado y tranquilo hacia la eternidad feliz.

A QUIEN LEYERE

¿Novela corta, cuento, narración? El lector puede incluir las páginas que siguen en el género que más le plazca y definirlas como lo estime más oportuno. Todo cuanto yo puedo decir es que al escribir estas páginas no pensaba en género alguno, aun cuando esto resulte escandaloso para aquellos que se preocupan más por encajar a la literatura dentro de un género que por la literatura misma.

Cuando hace un par de meses apareció en Madrid mi libro LA BIBLIA EN EL QUIJOTE, yo creí haber compuesto un ensayo, y así lo entendieron algunos críticos literarios que tuvieron la gentileza de ocuparse del libro, pero mi editor no quedó conforme con la definición de ensayo y me pidió que lo llamara de otra manera; y compusiera una frase corta para ser impresa en una franja que habría de envolver la cubierta del libro como una especie de reclamo publicitario. Yo no supe de qué otra forma definirlo y el resultado es que el libro se está vendiendo sin franja.

Se ha dicho que todas las formas literarias pueden reducirse a dos categorías: las que expresan una realidad, que puede ser subjetiva u objetiva, y las que expresan una ficción.

Los tres pequeños capítulos de esta obra, que yo denomino "LA MAÑANA", «LA TARDE» y «LA NOCHE», pueden encajar en las dos formas expuestas. En ambas a la vez. Son una ficción, porque todo en estos capítulos es imaginario. Son hijos de la noche. De una tranquila noche de noviembre. Me había pasado el día componiendo un artículo sobre el sentido de la angustia en Kierkegaard y en Niezsche, y para desintoxicarme de tanto absurdo me puse a leer poesía, mientras las primeras lluvias de este invierno golpeaban sobre el cristal de mi ventana. **Los Tres Encuentros**, de Echegaray, dieron lugar a **Los Tres Encuentros** míos, que crecieron y llegaron a su desarrollo final en otros catorce ratos.

También pueden incluirse estos tres capítulos en ese género de literatura que expresa una realidad, porque aunque ésta no lo sea, sí es verdad que los hombres de hoy viven dominados por el miedo a la muerte. Quizás no con la obsesión de mi Francisco Rialta, pero temen el morir. Toda esa gama de personajes importantes en las Letras, las Artes, el Comercio, la Política, etc., a quienes Julián Cortés-Cavanillas hace su psicoanálisis desde las páginas del ABC madrileño, se expresan en un sentido que impide dudar del miedo que tienen a envejecer y a morir. Algunos lo confiesan con entera franqueza. ¿Qué pasaría si psicoanalizáramos a todos los habitantes del mundo? Con toda seguridad que encontraríamos muchos Franciscos Rialta.

Sé bien que el tema es demasiado amplio para ser tratado de forma tan superficial como yo lo hago aquí y en tan pocas páginas. Pero ni pensé en abordar este tema ni mucho menos publicarlo. Lo hago a requerimiento de varios amigos que se han tomado el trabajo de leer el original.

Si las pocas referencias bíblicas que doy aquí y, en especial, las palabras del Maestro amado, Cristo Jesús, ayudan a una sola persona a vencer el miedo a la muerte, a vivir confiada en la vida y a cruzar con serenidad y seguridad la frontera de la eternidad, yo me sentiré más que satisfecho de este engendro nocturno.

LOS TRES ENCUENTROS

I

Un niño de tersa frente
y la muerte carcomida,
en la senda de la vida
y en el borde de una fuente,
por su bien o por su mal
una mañana se hallaron
y sedientos se inclinaron
sobre el líquido cristal.
Se inclinaron, y en la esfera
cristalina vióse al punto
de un niño el rostro muy junto
a una seca calavera.
La Muerte dijo: "¡Qué hermoso!"
- "¡Qué horrible!" - el niño pensó;
bebió a prisa y se escapó
por el bosque presuroso.

II

Pasó el tiempo, y cierto día
ya el sol en toda su altura,
en la misma fuente pura
bebieron en compañía,
por su bien o por su daño,
la Muerte y un hombre fuerte;
la de siempre era la Muerte;
el hombre, el niño de antaño.
Como vióse de los dos
la imagen en el cristal,
con la luz matutinal
que manda a los mundos Dios,
la del hombre áspera tez
y la imagen hosca y fiera
de su helada compañera,
se pintaron otra vez.
Bajo el agua limpia y fría
sus reflejos observaron:
como entonces se miraron,
se miraron todavía.
Ella dijo no sé qué
señalando hacia el espejo.
Él murmuró: "¡Pobre viejo!"
bebió despacio y se fue.

III

Cae la tarde; el sol anega
en pardas nubes su luz;
envuelta en negro capuz
medrosa la noche llega.
Dos sombras van a la fuente,
las dos beben a porfía,
y aún no sacia el agua fría
sed atrasada y ardiente.
Se miran y no se ven;
pero pronto, por fortuna,
subirá al cielo la luna
y podrán mirarse bien.
Al fin su luz transparente
el espacio iluminó,
y en espejo convirtió
los cristales de la fuente.
Y eran las sombras ideales,
bajo el agua sumergidas,
de tal modo parecidas,
que al partir las sombras reales
de sus destinos en pos,
o por darse mala maña,
o por confusión extraña,
cada sombra de las dos
tomó en el líquido espejo
lo primero que encontróse,
y, sin notario, llevóse
de la otra sombra el reflejo.

José Echegaray.

LA MAÑANA

Todos los domingos eran iguales para los habitantes de Tres Cruces. Los mozos procuraban desquitarse de los madrugones que se daban durante la semana, y permanecían en la cama hasta bien entrado el día. Después se dividían entre las dos tabernas del pueblo, y "a beber y vivir", como ellos decían. Los viejos se juntaban en la plaza a recordar sus años juveniles y a discutir y a enfadarse y a golpear el suelo con sus bastones. Cuando se ponían de acuerdo era solamente para criticar a los jóvenes y convenir que ni eran tan formales ni tan trabajadores como los de sus tiempos. Y todos creían lo que decían. Las mujeres empleaban en sus compras más tiempo que el de costumbre. Tenían menos prisa por meterse en la cocina y unas horas más para hablar del atrevido peinado que la Pepa se había hecho o de lo tonta que Carmen, la del farmacéutico, se había puesto desde que estuvo una semana en la capital. Los niños, como los viejos, también se daban cita en la plaza. Allí jugaban a jugar, a saltar por los bancos, a correr y a molestar a los mayores. "Estos niños de hoy -murmuraba don Ramón, que llegó a Tres Cruces hacía 69 años, cuando sólo contaba tres- no respetan a nadie, son unos malcriados".

"Del Calvario" se llamaba la calle principal de Tres Cruces. Nadie recordaba quién le puso este nombre ni por qué. Podía ser tanto por los adoquines levantados que dificultaban el paso por ella como por lo cuesta arriba que se hacía el caminar, debido a su pronunciada pendiente. Era también la calle más

larga del pueblo. Iba desde la plaza hasta casi las afueras y desembocaba allí donde don Ramón tenía su pequeño huerto. Donde la calle moría nacía un atajo que conducía al cementerio y a la iglesia vieja de viejos muros resquebrajados. Los jóvenes decían que el atajo aquél debía llamarse “La prolongación del Calvario», porque cuando alguien moría en el pueblo tenía que ser conducido a hombros por aquel camino que en verano estaba cubierto de un polvo seco que se metía en las gargantas y en el invierno enfangado por la lluvia. Pero los viejos decían que no, que “descanso” debía llamarse al atajo, porque la doble hilera de cipreses centenarios protegían del calor en el verano y resguardaban de la lluvia en el invierno y porque, además, aquel atajo conducía al cementerio y para ellos tumba significaba descanso. Viejos y jóvenes han tenido siempre diferentes conceptos de una misma realidad.

Pedrín, Pacorro y Juaneles bajaban por la calle del Calvario en dirección al atajo. Los tres lucían con orgullo sus galas domingueras. Pacorro explicaba a sus amigos cómo marchaban esos cochecitos eléctricos que habían visto en la feria, cuando sus padres le llevaron a la capital hacía tres semanas.

- Había una mujer gorda sentada tras un mostrador -decía el niño-; apretaba un botón y todos los coches salían corriendo.

Ya lo había explicado docenas de veces, pero él siempre se entusiasmaba al recordarlo.

Pacorro, que era el más pequeño de los tres, se olvidó por un momento de los coches eléctricos. Se agachó y exclamó lleno de alegría:

- Fijaos qué suerte, he encontrado un caramelo.

- No te lo comas, Pacorro -dijo Juaneles-. Puede que esté malo y a lo mejor te mueres.

- Eso -insistió Pedrín-, a lo mejor te mueres si te lo comes.

- ¿Y qué es morirse? -preguntó Pacorro con inocencia.

- Pues morirse -trató de explicar Juaneles, mientras daba con la punta del zapato a uno de los adoquines de la calle-; morirse es cerrar los ojos y no hablar más.

- Claro -intervino Pedrín-. Morirse es morirse, no comer más caramelos.

- Ni ir a la escuela -añadió Juaneles-, porque cuando el hijo de la señá Antonia se cayó del caballo y se murió, lo metieron dentro de una caja que hizo su hermano y lo llevaron los mozos al cementerio; y desde entonces no ha venido más a la escuela, porque ya está muerto. Y el maestro dice que los muertos no leen ni escriben ni aprenden lecciones de memoria.

- O será que está muy bien en el cementerio y por eso no quiere venir a la escuela - respondió Pacorro-. Pero yo no quiero morirme.

Y diciendo esto tiró el caramelo que había recogido del suelo.

Los tres niños llegaron junto a una amplia fuente que se hallaba al final de la calle, frente al huerto de don Ramón. Era la fuente de esas que en los pueblos sirven a las mujeres tanto para llenar sus cubos de agua como para aclarar la ropa lavada, y a los pastores de la comarca para dar de beber al ganado. Por el pueblo circulaba una vieja leyenda con relación a la fuente. Se decía que junto a ella había muerto apaleado un forastero por motivos no del todo claros. Unos decían que los responsables de la muerte fueron siete jóvenes que quisieron vengar la ofensa infligida a una bella muchacha de Tres Cruces; otros decían que no, que los que apalearon al forastero habían sido los siete viejos más viejos del pueblo, porque aquél trató de sacarles una gran cantidad de dinero a cada uno de ellos, vendiéndoles un producto para no morir jamás. El cuento decía que uno de los viejos murió al mismo tiempo que el forastero. Se fatigó tanto al apalear a su víctima, que su arrugado corazón dejó de funcionar. Entonces los viejos quedaron más convencidos de haber dado muerte a un estafador.

Verdad o mentira, en el pueblo creían todo esto; aunque eran más los que admitían el cuento de los viejos que el de los jóvenes. Algunos hasta habían asegurado que los dos espectros vivían junto a la fuente. Que ellos los habían visto y oído.

Los niños se detuvieron.

- Aún no ha venido Pototo -dijo Juaneles.

- Y la misa va a empezar muy pronto; las mujeres están entrando ya -añadió Pedrín.

- Él dijo que lo esperásemos aquí, junto a la fuente -habló Pacorro.

- A lo mejor no viene -insistió Juaneles-, se habrá quedado dormido.

- Sí que viene -respondió Pedrín-; él me dijo que lo aguardásemos aquí, que vendría; además, él sabe que hoy predica el nuevo cura.

Pototo llegó jadeante.

- Chicos, cuánto he corrido; mi mamá me dio el desayuno muy tarde.

Pototo era un niño fuerte, robusto. Estaba metido en los once años. Sus padres eran de los más acomodados de Tres Cruces. Las tierras que cultivaban les daban para vivir con holgura. Además de Pototo, el matrimonio tenía otro varón, Ángel, de trece años, y Magdalena, una linda rubia de cinco años.

- Vamos, vamos a misa -dijo Pototo-, pero antes dejadme que beba un poco de agua. Después de haber corrido tanto tengo sed.

- Está bien, pero date prisa -atajó Pedrín.

Pototo se acercó a la fuente. Por el caño de la misma salía sin cesar el líquido refrescante, que caía a un embalse pequeño y desembocaba a otro bastante mayor, donde las mujeres lavaban y los pastores abrevaban.

Pototo juntó las dos manos para servirse de ellas a modo de recipiente y las puso bajo el caño. Eran las once de la mañana. El sol brillaba con fuerte brillo de luz. Había pájaros que cantaban en los perales del huerto. Dos negros pajarracos pasaban sobre el cementerio, sacudiendo perezosamente sus pesadas alas. Los cipreses elevaban al cielo un canto de inmortalidad.

El agua no había llegado a los labios de Pototo. El niño se mantenía quieto, como paralizado, con los ojos fijos en las aguas del embalse. En su rostro se adivinaba el terror y la angustia, mientras que el agua le caía por entre los dedos mal cerrados. Allí, reflejándose junto a su rostro hermoso había una calavera. El niño la conocía bien, la había visto muchas veces pintada en los postes eléctricos. Al preguntar un día a su padre qué significaba aquello, éste le contestó que era una pintura de la muerte, pero que no debía pensar en ella. Sin embargo, Pototo nunca pudo dejar de pensar en la pintura de la muerte. Y ahora estaba allí, junto a él, muy cerca de su cara.

A Pototo le parecía que la calavera le sonreía, que le guiñaba, que algo quería decirle. Y de pronto, dejando escapar un fuerte grito echó a correr en dirección a la iglesia. Sus compañeros, asustados, le siguieron. Cuando lograron darle alcance, Pototo lloraba sentado bajo el último ciprés del camino, repitiendo entre llantos:

- La muerte, la he visto, he visto a la muerte, me guiñaba, quería hablarme.

Juaneles, Pacorro y Pedrín se miraron asustados.

- Pero, ¿qué muerte dices que has visto? -preguntó Pedrín, un poco ya más tranquilo.

- La Muerte, la calavera, como ésa que está en el poste de junto al huerto. La conozco bien, era la muerte, me hacía guiños.

- Vamos, Pototo -intervino Juaneles-, tranquilízate, ha sido tu imaginación. Nosotros estábamos allí contigo y no vimos nada.

- Os digo que he visto a la muerte, a la calavera -replicó convencido Pototo-. No es mi imaginación. La vi reflejarse en las aguas.

- Bien, está bien -cortó Pacorro- luego se lo diremos a tu mamá, pero ahora entremos a la iglesia. Seguro que el sermón ya está empezado.

Todos siguieron el consejo de Pacorro y entraron al templo. Casi todos los bancos estaban ocupados por gente vieja. Se veían unas cuantas jóvenes y algún que otro mozo; y niños, muchos niños en los primeros bancos. Había cierta expectación por oír al nuevo párroco, que había llegado a Tres Cruces unos días antes. Se sabía que era muy joven, que sólo llevaba un año de ordenado y que ese año lo había pasado como ayudante del párroco de un pueblo vecino.

Juaneles, Pedrín, Pacorro y Pototo tomaron asiento en el último banco, cerca de la puerta. Cuando los niños entraron el sacerdote estaba ya hablando. Era don Roberto, un muchacho alto, de unos veintitrés años, de rostro inteligente y mirada limpia. Los niños se dispusieron a escucharle con atención.

- Y ahora, nuestros queridos hermanos -decía don Roberto-, tras estas palabras mediante las cuales he tratado de expresar la alegría que siento de encontrarme en Tres Cruces, os quiero anunciar que mi primer sermón va a versar sobre la muerte.

Pototo palideció y se acercó cuanto pudo a Pedrín, en un gesto instintivo, como si buscara en su compañía protección a algún peligro que le amenazaba.

- Los hombres -prosiguió don Roberto- suelen pintar la muerte en forma de esqueleto, de huesos descarnados; también suelen pintarla en forma de calavera.

- ¿Ves? -dijo Pototo dirigiéndose a Pedrín-, como la que está en el poste de junto al huerto. Si llevaba razón mi padre. Como la que yo vi junto a la fuente, que me guiñaba.

- Calla, te van a llamar la atención -reprendióle Pedrín.

- La pintan sin ojos -prosiguió don Roberto-, para significar que no mira a nadie con distinción; lo mismo penetra en la chabola del pobre que en el palacio del rico. No tiene oídos, es decir, que ni escucha el clamor de la madre cuando se lleva al hijo ni oye los llantos de la nieta cuando va a por la abuela. Tampoco tiene narices; al carecer de olfato, ni el perfume la atrae ni la hediondez la espanta.

Pototo temblaba junto a Pedrín. A cada concepto del sacerdote sobre la muerte, el niño comentaba y decía:

- ¿Ves? como la que yo vi en la fuente. Así era. Igual que la que don Roberto está describiendo.

Pedrín por un lado y Pacorro por otro hacían esfuerzos por calmarlo, pero Pototo temblaba cada vez más, y más pálido se iba tornando a medida que el sacerdote hablaba. Dos viejas que estaban sentadas en el banco anterior se volvieron varias veces a pedirle que se callara. Don Roberto seguía con su descripción de la muerte, ignorante de lo que pasaba por el alma del niño en aquellos momentos.

- También la pintan sin vestido, para dar a entender que no se compadece de los pobres ni reverencia a los ricos. Ni se para frente al terciopelo ni huye de los harapos. No tiene entrañas, ni corazón, ni carne, ni sangre, es decir, que no se conmueve por nada; lo mismo se lleva al anciano cargado de años que le guiña el ojo a un niño fuerte y robusto para llevársela con ella.

Pototo no pudo estar más tiempo allí. Pasando por encima de Pedrín echó a correr atajo abajo en dirección a su casa, como alma que lleva la muerte. Sus compañeros salieron a la puerta de la iglesia, pero al verle correr de aquella forma desistieron de seguirle y volvieron al templo, donde la precipitada salida de Pototo había sido notada por todos los presentes y extrañado a don Roberto, que pensó se trataba de alguna travesura infantil.

Al pasar junto a la fuente, Pototo volvió la cara hacia el lado contrario y corrió aún con más fuerzas. Entró como un torbellino por la puerta principal de su casa, y sin decir palabra abrió su habitación y se dejó caer sobre la cama llorando ruidosamente.

Elisa, la doncella, que en aquellos momentos estaba sola en la casa, corrió toda asustada al cuarto del niño.

- Pototo, ¿qué tienes, qué te pasa, por qué lloras?

Pototo no respondía, sino que lloraba aún con más fuerzas.

- Pero, dime, ¿qué te pasa? ¿Te ha pegado algún niño? ¿Te duele la cabeza acaso?

- No -balbuceó por fin el niño-, es que he visto a la muerte.

Elisa pensó que lo que Pototo tenía era un fuerte ataque de fiebre.

- ¿Qué dices de muerte, niño? A la muerte no se la ve, se la siente. ¡Ojalá pudiésemos verla! Huiríamos de ella como de la gangrena.

- Que sí -insistió Pototo, algo más calmado-, que yo he visto a la muerte en la fuente que hay junto al huerto de don Ramón. Tampoco mis amigos me creyeron cuando se lo dije, pero yo la he visto. Era igual que la que hay pintada en el poste de la luz. Don Roberto, el nuevo cura ha dicho que ésa es la muerte, porque no tiene ojos, ni oídos, ni narices, ni vestidos, ni corazón, ni nada. Te digo que es la muerte, que yo la he visto.

Y rompió a llorar de nuevo. Elisa no quiso insistir. Le parecía muy extraño todo aquello que el niño decía. Se acordó de la leyenda del forastero muerto junto a la fuente y optó por volver a la cocina, dejando al niño con sus llantos.

Cuando los padres llegaron encontraron a Pototo sentado sobre la cama, en silencio ya, pero pensativo, triste. Elisa les dijo todo cuanto a ella le había contado, y Pototo añadió el resto, ante la insistencia de sus padres por conocer lo ocurrido. Ni don Carlos ni su esposa hicieron comentario alguno

en presencia del niño. También a ellos les pareció todo un poco enigmático. Cuando entre ellos cambiaron impresiones sobre aquel extraño suceso acordaron distraer a Pototo y hacerle olvidar el incidente.

Pero Pototo no lo olvidaba. Aquella noche volvió a soñar con la muerte. De nuevo vio la calavera que se le apareciera en la fuente. Y el guiño, el mismo guiño que le pareció ver en los ojos muertos y vacíos de «la repelona» estaba allí, en la inconsciencia del sueño. Pototo tembló otra vez. Se inquietó en su dormir, comenzó a dar vueltas y más vueltas sobre la cama, se revolvía entre las sábanas, hasta que un grito salido de su propia garganta le hizo despertar.

Cuando acudió doña Mercedes, el hijo estaba sentado en la cama, con la frente sudorosa, balbuciendo palabras incoherentes. Pototo abrazó a su madre llorando y suspirando muy hondo.

- Es la muerte, mamá. -decía-; la muerte, que no me deja, que quiere llevarme. Di a papá que la mate, que traiga la escopeta.

- Cálmate, hijo, cálmate; no es nada -decía la madre.

- Que sí, mamá; que sí -insistió el niño, entre llantos-, que es la muerte, la que vi en la fuente, la que describió don Roberto. Tengo miedo, mamá, mucho miedo.

El padre acudió también a la habitación.

- Este niño, Mercedes -dijo a su esposa-, se ha impresionado de tal forma con la idea de la muerte, que puede enfermar si no hacemos algo.

- Pero algo qué, Carlos; qué algo podemos hacer. Pototo no tiene ninguna enfermedad. Ha creído ver una calavera reflejada en el agua de la fuente y luego ha coincidido que el curita ese ha predicado sobre el tema de la muerte. Eso es todo. El niño se ha impresionado de tal forma que ha soñado con lo mismo. Ha tenido una pesadilla, pero se le ha pasado.

- Yo no soy tan optimista, Mercedes, ni veo las cosas como tú las ves. Y bien sabes que no creo en apariciones de muerte ni de muertos. Pero soy realista y a los hechos me atengo. Podemos dudar de lo que nuestro hijo nos ha contado y creer que no ha visto nada, que todo es pura imaginación, pero no podemos dudar de la depresión moral en que se encuentra, ni de lo hondo que esa aparición le ha calado en el espíritu, ni del miedo tan horrible que tiene de la muerte.

- Entonces, Carlos, ¿tú crees que...?

- Yo no creo nada, ni dejo de creer, Mercedes, pero pienso que hemos de hacer algo por él, algo que le distraiga.

- Pero ¿qué? ¿Qué algo podemos hacer? -volvió a preguntar la madre, con la angustia en el rostro.

- ¿Qué? No es muy difícil. A la muerte se la combate con la vida, ¿no?, pues mañana haces venir a Rosalía y que los dos jueguen, y corran, y salten, y vivan y olviden.

No le pareció mala solución a doña Mercedes la idea de su marido. Rosalía era una rubia espigada, fresca, color de rosa en las mejillas y muchas ganas de vivir en todo el cuerpo. Tenía tres años menos que Pototo. Era hija única. Vivía en la finca que don Carlos poseía en el campo, de la cual su padre era administrador, pero pasaba algunas temporadas en “Villa Tranquila”, el chalet de los Rialta, jugando con Ángel, Pototo y Magdalena. Doña Mercedes decía que cuando Rosalía estaba allí la villa perdía su condición de tranquila, porque ella animaba a los demás a ponerlo todo patas arriba, a no dejar un árbol sin trepar, a correr tras las gallinas y hacer ladrar de enfado al perro. Pero todos, y especialmente Pototo, se mostraban contentos de tenerla allí.

Cuando Rosalía llegó al día siguiente encontró a Pototo triste, melancólico. El niño no quiso contarle lo que le había ocurrido el día anterior en la fuente. Sus padres le habían prohibido que hablase de aquello. Trató de seguir los juegos de Rosalía, de distraerse, pero no lo conseguía. La niña se dio cuenta que Pototo no tenía ni la alegría ni el entusiasmo de otras veces. Para ver de alegrarlo un poco, cuando la tarde caía perezosa sobre “Villa Tranquila”, Rosalía dijo a Pototo:

- Oye, Pototo. ¿Y si jugáramos a morirnos?

Pototo palideció igual que el día anterior en la iglesia.

- No -dijo con sequedad-; no conozco ese juego ni tampoco me gusta.

- Sí es muy sencillo -insistió Rosalía-; Además es muy divertido, ya lo verás. Mira, tú te tiendes en

el suelo con las manos cruzadas sobre el pecho. Miras hacia el cielo, como si lo observaras por última vez, y luego cierras los ojos. Tus hermanos y yo nos arrodillamos junto a ti y hacemos como que lloramos. Luego tú te levantas y corres tras nosotros riendo y gritando que no estás muerto, que vives, y al primero que cojas, ése se queda de muerto. ¡Eh!, ¿te gusta? Anda, llama a tus hermanos y jugamos, ¿quieres?

Pototo pensó antes de decir nuevamente que no. "Y si jugara -se decía- podría demostrar que no me muero, que puedo revivir".

- Está bien, llama a mis hermanos, vamos a jugar. Yo me quedo el primero.

No tardaron en estar todos arrodillados junto al cuerpo de Pototo, que se estiraba sobre la yerba haciéndose el muerto. Ángel, Magdalena y Rosalía hacían como que lloraban. Pototo se levantó de un salto y empezó a gritar con voz que sobrecogió a los tres niños, quienes corrieron verdaderamente asustados.

- No estoy muerto, no estoy muerto; ¿lo veis?, estoy vivo, la muerte no me ha llevado, no puede llevarme.

Magdalena corría llorando hacia la casa. Ángel sentía que los gritos de su hermano le hacían temblar las carnes. Rosalía, aterrorizada, se escondía tras un árbol, observando a Pototo. Pensaba que el niño no sabía jugar. Este seguía corriendo por los alrededores de la villa; ya no seguía a nadie. Tenía el rostro desencajado, como si le hubiese dado un ataque de epilepsia; los ojos saltones, llenos de lágrimas; accionaba violentamente los brazos y gritaba como un desequilibrado.

- No estoy muerto, lo oís, no estoy muerto. No iré, aunque me guiñe no iré. Os digo que no, que noooo...

Y cayó al suelo sin sentido.

LA TARDE

Por la carretera avanzaba un coche en dirección a Tres Cruces. Lo conducía el doctor en Medicina don Ángel Rialta. Tras él iba su hermano Pototo, convertido en el abogado don Francisco, y don Pedro Carvajal, el Pedrín de la anterior historia, abogado también.

- Oye, Ángel; creo que estás acelerando demasiado, vamos muy corriendo -dijo Francisco.

- Es que te lo parece. Sólo vamos a noventa.

- Ya estás otra vez con tu miedo -mentó irónico Pedro-. Que no te mueres, hombre, que no te mueres. Puedes estar tranquilo, que de hoy en ocho días te casarás y engendrarás hijos, y tus hijos engendrarán nietos, y entonces morirás.

- Quizás tampoco -siguió Ángel la broma-, porque éstos que siempre están pensando en la muerte son los que menos se mueren. Parece que la muerte se complace en dejarles llegar a viejos para martirizarles con el miedo que le profesan.

- Ya está bien de muerte -cortó Francisco-; procura conducir más despacio, que yo quiero llegar a casa vivo. Y si lo deseas, cuando me dejes a mí te lanzas a ciento cincuenta y que Pedro te acompañe en el viaje.

- Eso no -terminó Pedro-, porque en cuanto tú nos dejes nos matamos, aunque vayamos a cincuenta. Tú, con tu espantoso miedo a la muerte, eres como un amuleto que nos protege contra ella.

En efecto, Francisco, que acababa de cumplir los veintiocho años, no pudo olvidar nunca la impresión recibida cuando niño en la fuente del pueblo. Dejó Tres Cruces y en la capital emprendió y terminó brillantemente los estudios de Derecho, en tanto que su hermano se doctoraba en Medicina. Pero la idea de la muerte la tenía siempre viva en su imaginación. Llegó a tornarse supersticioso. Creía que en el momento menos esperado la muerte iba a llevárselo. Sus compañeros de estudios sabían esto, conocían el miedo que Francisco le tenía a la muerte, lo mucho que la rumiaba en su imaginación. Muchos se burlaban de él y le llamaban Maximiliano II. Este mote se lo puso su amigo más íntimo, Pedro, una vez que leyó acerca del miedo tan espantoso que el emperador Maximiliano II tenía a la muerte y de lo mucho

que pensaba en ella, hasta el punto de mandar construir su propio ataúd cuatro años antes de morir.

De tanto pensar en ella, Francisco llegó a tener a la muerte como algo familiar, como muy de él. Leía cuanta literatura caía en sus manos sobre ese tema y hasta llegó a escribir un pequeño ensayo, que no publicó, sobre el sentido de la muerte en la poesía española. Se complacía en el tema y lo provocaba en cuantas reuniones estudiantiles podía, pero vivía angustiado. Atemorizado. Podía decirse que moría viviendo. Tenía momentos de depresión, frecuentes ataques de melancolía. Su hermano le aconsejaba:

- Pero chico, deja de leer esa literatura trágica. En lugar de pensar tanto en la muerte piensa un poco más en la vida. Piensa en el campo, en las estrellas, en las flores. Piensa en Rosalía, que te aguarda impaciente en el pueblo. Zambúllete en el mar y que las aguas saladas se lleven lo que te originaron las dulces. Acaba con ese tragicismo negro de tu espíritu.

Pero Francisco no podía hacer eso que su hermano le aconsejaba. Estaba convencido que nunca lograría apartar de sí la impresión recibida en la fuente de Tres Cruces.

- No puedo, Ángel; no puedo - decía lamentándose y casi con lágrimas en los ojos -. Es más fuerte que yo. No puedo dejar de pensar en la muerte. Y si leo tanto sobre ella es para ver si logro encontrar algún remedio que me estimule a vencer el miedo que le tengo.

- ¿Y en tantos años de lectura aún no has hallado nada que te quite ese espanto?

- Nada - solía contestar Francisco -, nada. Lo que he leído no me convence. Unos me dicen lo que tú siempre me aconsejas, que deje de pensar en la muerte y piense más en la vida. Pero esto me lo dijo por primera vez papá, que por cierto no ha escrito ningún libro, cuando yo era niño. Otros me dicen que busque en la religión la panacea contra la muerte. Pero te digo que aunque me hiciese místico y me fuese a vivir a una ermita completamente solo, dedicándome a prolongados ejercicios espirituales, la idea de la muerte seguiría atormentándome. Ayer mismo leí un artículo donde se decía que, pues la muerte es inevitable, lo que se impone es «vivir la vida». Pero ni siquiera eso es para mí. Por un tiempo quise seguir ese consejo y traté de «vivir mi vida" aturdiéndome en esos infernales garitos nocturnos. Pero cuando me emborrachaba me daba por echar discursos sobre la muerte.

- Esto no es vivir, Ángel; esto no es vivir.

Ángel compadecía a su hermano. Y aunque le gastaba bromas, le tenía verdadera lástima. No hacía mucho, visitándole tras uno de sus frecuentes ataques de melancolía, Francisco le había dicho:

- Tú, Ángel, con tus conocimientos médicos, ¿no puedes hacer algo por ayudarme?

Ángel estaba seguro que no podía.

- No, Francisco, no; y créeme que lo siento. El tuyo no es un caso clínico. La medicina no puede hacer nada aquí. Y si me apuras te diré que incluso la psicología tendría que cruzarse de brazos. Esa calavera que creíste ver...

Francisco le cortó tajante.

- Que vi, Angel; que vi. De eso estoy seguro.

- Bueno, que viste. Esa calavera dejó una impresión tal en tu espíritu y te ha hecho sentir un miedo tan grande a la muerte que será difícil curarte de ese mal.

Estas conversaciones entre los dos hermanos eran frecuentes. Ángel quería a Francisco, y le quería más porque le compadecía. En los últimos años de estudios Francisco había perdido casi todos los amigos. A nadie le entusiasmaba el tener por amigo a un hombre que continuamente estaba hablando de la muerte, llegando a ser uno de sus mejores propagandistas.

Los padres de Francisco estaban al tanto de todo. Sin embargo, pensaban que la próxima boda de su hijo con Rosalía, que era de espíritu alegre, le ayudaría mucho y le haría cambiar. La niña se había convertido en una mujer de veinticinco años sumamente atractiva. Ella y Magdalena eran inseparables. Las dos habían pasado largas temporadas en la capital, pero ambas crecieron y se desarrollaron en el campo, al contacto con la naturaleza. Eran muchachas que rebosaban salud, fuertes, sanas de cuerpo y alma, de sentimientos nobles. Y ahora las dos se preparaban para contraer matrimonio. Doble boda el mismo día. Don Roberto estaba contento. Francisco con Rosalía y Pedro con Magdalena. Los compañeros de juego se unían en matrimonio para contribuir a que otros niños siguieran correteando por los mismos escenarios de la vida. ¿Acaso no había dicho Dios "procread y multiplicaos y henchid la tierra"?

En “Villa Tranquila” todo era ruido, algazara, alegría. En el amplio salón recibidor de la villa estaban reunidos los que acababan de llegar y los que esperaban. Los dueños de la casa habían reunido en una fiesta íntima a un grupo de amigos para celebrar la llegada de Ángel, Francisco y Pedro. Estos dos últimos estaban un poco apartados del grupo, hablando uno con Rosalía y el otro con Magdalena. Los invitados charlaban, bebían y bromeaban.

- Y tú, Ángel -decía uno de ellos-, ¿tú qué?

- Yo, nada; como siempre, muy alegre.

- ¿Que cuándo piensas casarte, hombre? ¿O es que vas a quedarte para vestir los santos?

- No, no; de los santos ya se encargará don Roberto. Yo aún tengo tiempo. Soy aún joven, ¿no?

Al hacer su aparición en el pueblo la luna de Tres Cruces sorprendió a una pareja que caminaba lentamente por la “prolongación del Calvario”. Las sombras de los cipreses parecían gigantes acostados. Otra pareja más seguía a prudente distancia de la primera. Francisco y Rosalía paseaban acariciados por el fresco de la tarde. Al pasar junto a la fuente, Francisco no quiso mirarla, pero mentalmente volvió a vivir la escena de que fuera protagonista cuando niño. Procuró apartarla de su mente.

- Dentro de ocho días, Rosalía, serás mi mujer.

- Y tú serás mi marido, Francisco.

- Andaremos este camino por última vez cuando volvamos de la iglesia y luego ya nos olvidaremos de Tres Cruces.

- Eso no, Francisco, aunque vivamos fuera de aquí, vendremos de vez en cuando.

- Ya lo veremos, porque si mis padres venden todos los terrenos y la villa y los tuyos se marchan también a la capital, no existirán razones que nos hagan volver al pueblo.

- Siempre habrá una razón sentimental, Francisco. Para nosotros, Tres Cruces será siempre el lugar de nuestra niñez, de nuestros primeros juegos, el lugar donde aprendimos a querer...

- Sí -dijo Francisco, mirando hacia el cementerio-, y el lugar donde yo vi a la muerte.

- Calla, Francisco; no pienses más en eso.

- Si no puedo dejar de pensar, Rosalía; si no puedo dejar de pensar.

La voz de Pedro cortó desde lejos el diálogo, gritando:

- ¡Eh! ¿Volvemos a casa? Magdalena siente un poco de fresco.

- Sí, sí; volvamos -contestó Rosalía presurosa.

Y los cuatro desandaron el camino en dirección a “Villa Tranquila”.

Para Francisco y Pedro los días pasaron cortos. A Rosalía y Magdalena, en cambio, se les hicieron largos. Todos los preparativos estaban listos. El pueblo entero esperaba el gran acontecimiento. El mismo día, primer domingo de junio, doble boda en Tres Cruces. Los habitantes se felicitaban. No estaban muy acostumbrados a espectáculo semejante.

El día anterior, sábado, Francisco se levantó con uno de esos ataques de melancolía que tan frecuentes eran en él. No quiso desayunar. Apenas probó bocado del almuerzo. Su hermano, que le conocía bien, trató de animarle:

- Vamos, Francisco, alegra esa cara, hombre, que te casas mañana.

- Sí, sí; es verdad, tienes razón, debo alegrarme. No, pero si no es nada, no tengo nada.

Atraído por un impulso que ni podía explicar ni era capaz de resistir, Francisco salió de su casa camino del atajo. Eran las cuatro de la tarde. El sol brillaba en las alturas, derramando su luz sobre los campos sedientos. Francisco marchaba despacio, pensativo. Sabía donde iba, pero no podía evitarlo. Los sentimientos más extraños y contradictorios batallaban en su interior. Tenía miedo a la muerte, era cierto, le tenía mucho miedo, pero allá iba en su busca. Tal vez no la encontraría y quizás conseguiría desterrar la maléfica visión que le atormentaba. En cambio, si estaba allí...

Vio los perales del huerto. Ya no los regaba don Ramón. Éste se fue una mañana de enero. Se fue con mucha tranquilidad, sin hacer ruido, sin llamar la atención, sin molestar a nadie. Don Roberto decía a veces en sus predicaciones que el viejo dueño del huerto seguía con su oficio de hortelano, regando otro huerto allá arriba, porque don Ramón había sido bueno, nunca había hecho daño a nadie ni calumniado ni levantado falso testimonio a su prójimo.

Francisco se encontró junto a la fuente. Sentía sed. O él procuró convencerse que la sentía. Hizo como hiciera muchos años atrás: juntó las manos y las colocó bajo el caño, que seguía echando agua. Las manos estaban llenas del líquido, pero Francisco no bebía. Ni tampoco miraba hacia abajo. No se atrevía. Por fin abrió las manos y el agua que cayó de ellas hizo temblar a la del embalse. Francisco miró fijamente. Al principio no vio nada. Siguió mirando. Cuando las aguas se serenaron vio en su reflejo a la misma calavera de antaño. Esta vez, Francisco no huyó. La contempló despacio. Se diría que el mismo miedo le daba fuerzas para seguir allí clavado, los ojos fijos en la muerte.

Francisco no se equivocaba. Era la misma calavera seca que se le apareció cuando niño. El mismo cráneo de huesos sin carne ni piel, los mismos agujeros sin ojos. De nuevo le pareció a Francisco que la muerte le guiñaba, incluso creyó él que la calavera señalaba con sus ojos vacíos hacia su rostro propio, que en las aguas se reflejaba junto al de ella. Y le pareció también que la calavera abría su boca desdentada y sucia como queriendo hablarle...

Francisco no tenía ya duda alguna. La muerte se le aparecía por segunda vez. Sus padres podían pensar que su temor a la muerte era debido a una impresión de niño; su hermano Ángel podía decirle que el temor le vencía de tanto leer literatura tétrica, y sus amigos podían hasta llamarle cobarde y miedoso, pero él estaba convencido de que la muerte le perseguía. Si no, ¿por qué no se le aparecía a otros del pueblo? ¿Por qué tenía que ser solamente a él? Y ya era la segunda vez que la veía allí, en las aguas de la fuente.

Volvió a juntar las manos y esta vez sí bebió; es decir, se llevó parte del líquido a los labios; el resto lo dejó caer de golpe en el embalse, como si con ello quisiera estrujar la muerte y matarla allí mismo. Las aguas de abajo volvieron a temblar.

Francisco se marchó despacio, andando en dirección al cementerio. Iba aplanado, vencido, con el alma más angustiada que nunca. Estuvo un buen rato recorriendo el camposanto, leyendo las inscripciones grabadas en los mármoles fríos. Sentóse en una tumba, mirando hacia lo lejos, hacia las tierras labradas. Quiso pensar en algo alegre, pero le fue imposible. La imagen de la muerte continuaba grabada en su espíritu. Saliéndole las palabras como un grito de agonía, exclamó:

- Dios mío, Dios mío, quita de mi alma esta lucha. Dame un remedio para vencer este temor que siento hacia la muerte.

Cuando volvió a su casa anochecía ya. Ángel y Rosalía le esperaban un tanto intranquilos. Francisco nada habló del nuevo encuentro que había tenido con la calavera. Se unió a los demás en los preparativos finales para la boda y trató de distraerse con ello.

El domingo amaneció risueño, con el cielo completamente claro. La iglesia había sido engalanada por los jóvenes del pueblo y aparecía toda cubierta de flores. Como los coches no pasaban por el atajo, la procesión nupcial se hizo a pie, en medio de la alegría general. Por todo el atajo se habían distribuido flores y algunos ramos colgaban de los cipreses, en irónico contraste.

La ceremonia religiosa fue breve, como don Roberto acostumbraba hacerlas, pero solemne bendijo primero la unión de Francisco con Rosalía, luego la de Pedro con Magdalena. Terminada la ceremonia, todos tomaron asiento, en espera del sermón. Ángel, que había apadrinado a Magdalena, tomó asiento entre ésta y Francisco, ya que no cogían todos, novios y padrinos, en el primer banco de la iglesia. Las puertas del pequeño templo estaban abiertas de par en par y la mayoría de los asistentes seguían los ritos desde la explanada.

Don Roberto se preparó para el sermón nupcial. Habíase convertido el sacerdote en persona muy estimada y respetada en el pueblo. Su compenetración con los habitantes de Tres Cruces y con sus costumbres fue perfecta. Consiguió convencer a muchos de la necesidad de sus deberes religiosos y llevó a cabo reformas en la enseñanza de los niños, los cuales salieron beneficiados.

- Hoy es un día de alegría - comenzó diciendo el cura -, porque acabamos de celebrar una boda doble. Todos en Tres Cruces estamos contentos. Boda implica regocijo, nos habla de felicidad y sobre este tema debería yo hablaros hoy. Sin embargo, no voy hacerlo, aunque ello os defraude. Porque más importante que eso es recordar la amenaza que pesa sobre nuestra felicidad. Esa amenaza es la muerte, que lo rodea todo, lo llena todo y todo lo invade.

Francisco se revolvió intranquilo en el banco, gesto éste que advirtió Ángel. “Este cura” pensó el médico “debería cambiar el tema. Si me fuera posible hacérselo comprender...”

Pero don Roberto prosiguió:

- Hoy quiero ilustrar esta verdad contándoos una anécdota.

Don Roberto era aficionado a las anécdotas.

- Paseaba un poeta por los campos, ensimismado en sus pensamientos, y en su deambular vio una calavera que yacía junto a un árbol del bosque. Se paró a contemplarla y advirtió extrañado que una pequeña flor silvestre había nacido dentro de la calavera. Sorprendido y emocionado por aquel hecho tan singular, dio libertad a su inspiración y pronunció allí mismo estos versos, que turbaron la tranquilidad de la yerba y de las flores:

Pobre flor, qué mal naciste,
y qué fatal fue tu suerte,
que al primer paso que diste
te encontraste con la muerte.
El dejarte es cosa triste,
el llevarte es cosa fuerte,
el dejarte con la vida
es dejarte con la muerte.

Francisco palidecía a medida que el sacerdote hablaba. Ángel se daba cuenta y se sentía molesto, pero don Roberto continuaba:

- Esta anécdota me hace pensar en lo que dijo el patriarca Job cuando se encontraba viejo y enfermo: “Me deshago como leño carcomido, como vestido que roe la polilla”. La muerte, como la carcoma, va royendo nuestras vidas, sin que podamos evitarlo. Podemos hacer como que huimos de ella, pero siempre la tendremos a nuestro alrededor, como una amenaza continua a nuestras vidas, como un entorpecimiento a nuestra felicidad.

Francisco se inclinó hacia su hermano y le susurró al oído:

- Este cura se ha puesto de acuerdo con la calavera de la fuente para entre los dos amargarme el día de mi boda.

- Ten paciencia -le calmó Ángel-; ya parece que termina.

En efecto, por fortuna para Francisco, don Roberto estaba llegando al final de su breve sermón.

- Y esto es así - concluyó-, porque nosotros, los humanos, igual que aquella florecilla, nacemos dentro de la muerte o con la muerte dentro, y nadie de este mundo puede arrancarnos de sus garras.

El cortejo nupcial volvió a desfilar en dirección a “Villa Tranquila”, donde se celebró una gran fiesta que duró toda la tarde. Cuando más distraídos estaban los invitados, Pedro se acercó a Francisco y le dijo:

Oye, Francisco, nosotros nos vamos. Paco nos va a llevar en su coche. No digas nada. Ya tendremos tiempo de despedirnos. Os esperamos en el hotel.

- Está bien. Rosalía y yo saldremos en seguida. En el hotel nos encontraremos.

Ángel, Rosalía y Francisco salieron poco después de que lo hicieran Magdalena y Pedro. Todos tenían pensado pasar la noche en la capital y luego salir hacia el extranjero, en viaje de novios. Ángel conducía. Los recién casados iban en el asiento trasero. Uno de esos camiones pesados de carga rodaba por el centro de la carretera. Ángel trató varias veces de pasar, pero el conductor nunca se apartaba hacia su derecha. Un nuevo intento de Ángel fue cortado por Francisco:

- No lo hagas, Ángel, no lo pases; ese conductor parece estar borracho o es un mete patas.

- Sí, pero no puedo ir todo el tiempo tras él, a su misma velocidad. Forzosamente ha debido oír el pito y ver las señales que le hago con las luces, a menos que sea sordo y ciego.

Ángel se decidió. Haciendo continuas señales con las luces y pitando sin interrupción se dispuso a pasar al camión. Cuando las ruedas delanteras de ambos vehículos estaban a la misma altura, el conductor

del camión viró peligrosamente hacia su izquierda, lo que obligó a Ángel a meterse por entre dos árboles y detener el coche en la tierra labrada que bordeaba la carretera.

Ángel salió del coche lanzando insultos contra aquel conductor de evidentes malas ideas. Rosalía temblaba, pero el susto mayor se lo había llevado Francisco, que estaba lívido, quejándose contra su hermano por no haberle hecho caso y maldiciendo al conductor del camión.

Cuando los tres estuvieron algo más calmados, Ángel subió al coche, lo volvió de nuevo a la carretera e invitó a la pareja a subir. Al hacerlo, Francisco advirtió que del llavero de Ángel, una de cuyas llaves estaba puesta en la cerradura de contacto, se balanceaba un pequeño esqueleto de plástico, de unos siete centímetros, que estaba colgado por la cabeza. La figurilla tenía todas las características de esos grandes esqueletos que se usan para investigación y estudio en los hospitales. Francisco se detuvo con una pierna dentro y la otra fuera del coche, y dijo a su hermano:

- No me subiré al coche de nuevo en tanto que tengas ahí ese llavero.

Ángel, olvidando el accidente, rió de buena gana.

- No seas gitano, Francisco, si me lo ha regalado esta tarde uno de tus invitados. Además es bonito, no me lo negarás.

- Todo lo que tú quieras, y llámame gitano cien veces, pero te digo que no me subo al coche mientras tengas ahí el esqueleto. Ahora comprendo lo del accidente. Y lo del sermón de don Roberto.

- Sí -protestó Ángel-; ahora vas a culpar a esta figurilla de todas tus desventuras.

- Vamos, Francisco, no seas supersticioso y sube al coche -le pidió desde dentro Rosalía.

- Os digo que no subiré. Esa figurilla, como tú la llamas, no me ofrece ninguna seguridad, y yo quiero llegar vivo a la capital.

Rosalía se encogió de hombros. Ángel no tuvo más remedio que separar el esqueleto del llavero y arrojarlo a la carretera. Antes de hacerlo lo besó con mucha ceremonia y exclamó:

- Adiós, esqueleto, guárdate de los hombres que te temen, porque te machacarán si te ven de plástico.

Montó Francisco, murmurando contra su hermano y sus bromas y el coche partió veloz, perdiéndose en la oscuridad del camino.

LA NOCHE

Ángel, de visita en casa de su hermano, hablaba con Rosalía. Ésta le preguntaba:

- Entonces, Ángel, ¿no me aconsejas que le haga examinar por un psiquiatra?

- Puedes hacerlo si quieres, si es que eso te va a dejar más tranquila, pero ya he dicho a mi hermano en varias ocasiones y te he repetido a ti que lo de tu marido escapa por completo a los dominios de la medicina.

- Pero algo hemos de hacer, Ángel. No podemos verle sufrir y permanecer impasibles. Tu hermano está cada día peor. La muerte ha llegado a obsesionarle de tal forma que incluso está perjudicando su trabajo.

- Pues no veo qué podemos hacer. La enfermedad de Francisco es puramente espiritual, y para eso yo no veo más cura que una buena dosis de religión. Y él huye de la iglesia...

- No es que huya, Ángel, no es que huya; es que el templo tiene para él ecos de ultratumba y se siente incómodo en su interior. Por eso vive de espaldas a la religión aunque te aseguro que lee cuantos libros espirituales caen en sus manos.

- Sí, sí, los libros; son precisamente los libros los que le están trastornando más el juicio y corrompiéndole el alma.

- Perdona -interrumpió Rosalía; suena el timbre.

- Creo que es tu hermano.

En efecto, era Francisco, el abogado Francisco Rialta, el hombre que vivía atemorizado con la idea de morir y que continuaba vivo a sus cuarenta y ocho años. Habían transcurrido veinte desde que

contrajera matrimonio. Francisco llevaba bien la cuenta, porque el día anterior a su boda había visto la muerte por segunda vez en la fuente de Tres Cruces.

Francisco había logrado una buena reputación como abogado. Los periódicos hablaron mucho de él con motivo de un suicidio. En la sala de un hospital, un rico industrial que padecía cáncer se disparó un tiro en la nuca. Pero la bala que terminó con su vida mató también, sin pretenderlo, a una joven enfermera. Familiares de la muchacha se declararon en parte civil y demandaron a los herederos del suicida. Éstos contrataron los servicios de Francisco, quien logró uno de sus mayores éxitos como abogado, consiguiendo que el tribunal fallase contra las pretensiones de los demandantes.

Desempolvando una vieja teoría, Francisco consiguió que jueces y público compadecieran al hombre que durante años había estado sufriendo, poniendo fin a esos sufrimientos mediante el suicidio. "El suicidio -había dicho Francisco en aquella ocasión- es el fin del sufrimiento del alma, y un hombre que sufre porque vive con el espectro de la muerte de continuo ante sí, tiene derecho a terminar por sí mismo con ese sufrimiento, sin que la sociedad le condene."

Naturalmente, una gran mayoría de la prensa se mostró contra estas declaraciones materialistas de Francisco, pero él ganó el pleito y entre los que le aplaudieron y los que le silbaron le hicieron una buena propaganda que él aprovechó para hacerse pagar más caro.

El matrimonio no había tenido hijos. Vivían los dos solos, en un apartamento amueblado con gusto, donde eran visitados muy frecuentemente por Pedro y Magdalena, que tenían tres niñas, y por Ángel, que se había convertido en un viejo solterón.

La vida de la pareja transcurría relativamente feliz. Sólo empañaba esta felicidad la depresión moral en que Francisco vivía, la cual se iba acentuando a medida que envejecía. En algunas ocasiones pasaba hasta semanas enteras sumido en una prolongada tristeza, melancólico, sin apenas hablar con Rosalía, dejando incluso de ir a su despacho. El carácter se le estaba volviendo seco, agrio, hasta violento. Más de una vez había disputado en tono fuerte con su esposa, porque ésta había tratado de hacerle comprender que su miedo a la muerte era absurdo, que nada amenazaba su robusta salud.

Aquella tarde, como tantas otras veces, Rosalía estaba procurando encontrar en Ángel la ayuda que devolviera a Francisco la paz perdida cuando niño en la fuente del pueblo. Pero era vano. Ni Ángel ni ninguna otra persona había logrado hasta entonces convencer al abogado que su temor a la muerte carecía de motivos.

Francisco entró serio, casi como de costumbre. Sin apenas saludar tomó asiento junto a Rosalía y Ángel. Éste le preguntó:

- ¿Qué tienes, Francisco?

- Nada -contestó con sequedad.

- ¿Quieres un poco de café? -preguntó Rosalía.

- Sí, gracias, creo que me hará bien.

Ángel quiso probar suerte de nuevo y mientras tomaban los tres café se dirigió a Francisco en un tono que no cuidó de suavizar:

- Mira, Francisco, ya es hora que te vayas dejando de niñerías. ¿Te das cuenta cómo te estás volviendo con tu absurdo miedo a la muerte?

Francisco palideció un tanto, pero su hermano continuó implacable:

- Le estás amargando la vida a tu esposa, a mí, a todos tus amigos. Tú mismo pareces escapado de una tumba, siempre fúnebre, siempre hablando de lo mismo.

Ángel iba elevando la voz y Rosalía estaba un poco asustada. Francisco no respondía palabra, pero se le veía evidentemente molesto, tenía la taza de café agarrada con ambas manos y miraba fijamente hacia su fondo, como si quisiera ver algo reflejado en el negro líquido.

- Y todo ¿por qué? -continuó Ángel severo-. Por esa calavera misteriosa que dices haber visto dos veces. ¿Es ello motivo para vivir toda una vida amargado y amargando? Arreglado estaría el mundo si todos los que tienen semejantes o parecidas visiones adoptaran la actitud que tú adoptas frente a la vida. Ésta se convertiría en una enorme procesión de penitentes eternos, en un funeral permanente.

Francisco miró a su hermano.

- ¿Has terminado, Ángel? -le preguntó.

Rosalía se estremeció al oír el tono de voz de su marido y ver el brillo de sus ojos negros.

- No, no he terminado, pero si no tienes más deseos de oírme, dejémoslo para otro día.

- Sí, tengo deseos -replicó Francisco, poniéndose de pie y mirando fijamente a su hermano-. Tengo deseos de que me oigas tú a mí una vez más y luego me dejes en paz si es que no puedes o no quieres comprenderme.

Rosalía trató de calmar a Francisco, pero éste la apartó de sí un tanto bruscamente, mientras que proseguía dirigiéndose a su hermano:

- Te he dicho varias veces, Ángel, que mi temor a la muerte no es infundado ni producto de mi imaginación. Yo he visto dos veces a esa maldita calavera, ¿lo oyes?, dos veces. Y la segunda vez me recreé en su imagen asquerosa todo el tiempo que quise. Le tengo miedo a la muerte, es verdad, pero es porque la he visto frente a mí y sé que me persigue. Y me importa poco cómo reaccionan otros en semejantes casos. Yo sé la huella lúgubre que esas apariciones han dejado en mi espíritu y el martirio que me produce. ¿O es que piensas que yo quiero vivir así?

- Pero Francisco -trató de explicarse Ángel-, ¿no te das cuenta que ese temor está arruinando tu vida y la de los tuyos?

- Sí, me doy cuenta, pero ¿qué quieres que haga? Desgraciadamente no tengo valor para suicidarme. Esa sería la única solución a mi problema.

- Mira, Francisco, no quiero ni puedo oír más barbaridades. Cuando estés de mejor humor volveré.

Ángel salió precipitadamente, sin decirle adiós a su hermano. Rosalía le acompañó hasta la puerta. En ella, Ángel le aconsejó a su cuñada:

- Es mejor que le dejes solo, hoy tiene un mal día. Está furioso.

- Se le pasará, ya verás como se le pasa -contestó Rosalía, volviendo junto a su marido.

Francisco continuaba de pie, tensos los músculos, mirando fijamente el fondo de la taza, que continuaba sosteniendo con las dos manos.

- Tu hermano tiene razón, Francisco, debes desechar ese temor que tienes metido en el alma.

Los nervios de Francisco habían resistido demasiado. Mirando a su esposa con ojos de loco, le gritó al rostro:

- Mi hermano no tiene razón, ni tú tienes razón, nadie tiene razón. La muerte la he visto yo, ¿lo oyes, Rosalía?, yo, y quiere llevarme a mí, nada más que a mí.

La taza se estrelló contra el suelo. Francisco se llevó las manos a la cabeza y continuó gritando, ante el espanto de Rosalía.

- En lugar de pedirle a la muerte que deje de perseguirme no hacéis más que tacharme de cobarde; sois unos consejeros inútiles todos vosotros; sí, inútiles, y molestos.

Rosalía temblaba. Veía a su marido como aquel día en que, niños los dos, jugaban al muerto en el jardín de "Villa Tranquila". Trató de sujetarle las manos, pero Francisco, más fuerte, la sentó de un empujón en la butaca próxima. Rosalía, que por primera vez en su vida conyugal se sentía tratar así, protestó indignada:

- Ahora sí que me pareces un cobarde, Francisco.

Pero Francisco parecía haber perdido la razón. Se echó sobre su esposa y antes de que ésta pudiera evitarlo le rodeó el cuello con sus fuertes manos.

- Cobarde yo, yo cobarde -gritaba sin control-, vosotros sois cobardes, todos vosotros, y la muerte, ella es una gran cobarde, la muerte, porque nunca se me presenta de frente, sino a escondidas y en el pueblo. Es una gran cobarde.

Rosalía pataleaba, trataba de defenderse con los brazos. Primero con todas sus fuerzas, luego más débilmente, hasta que sus piernas quedaron estiradas, inmóviles en el asiento y sus brazos dejaron de articular. Francisco seguía gritando:

- Cobarde ella, la muerte es una cobarde. Que se me presente ahora, verás cómo no viene ahora. ¿Te das cuenta como ahora que la llamo no viene?, ¿te das cuenta?, Rosalía, ¡Rosalía!, ¡Rosalía!, ¡Rosalíaaaa...!

Magdalena lloraba amargamente sentada sobre la cama. A su lado, Pedro trataba de consolarla. Ángel fumaba sin cesar, con la vista fija en la alfombra del dormitorio. Las niñas dormían en otras habitaciones.

- Dios mío - gemía Magdalena -, es espantoso, es horrible, veinte años de cárcel.

- Cálmate, mujer, ya nada podemos hacer.

- Todo ha sido como una pesadilla -se lamentaba Ángel con voz desfallecida-. Y yo tengo parte de culpa. No debí haberle dejado solo con Rosalía aquella tarde.

- No, Ángel, no, nadie es culpable. Ninguno de nosotros podía imaginar tal desenlace. Hemos hecho todo cuanto hemos podido a su favor.

- Si no se hubiese obstinado en aquel silencio - dijo Magdalena entre lágrimas.

- Tal vez -añadió Pedro- si él hubiese hablado y explicado ante el tribunal su tragedia íntima, la pena hubiera sido menor.

- Y si se hubiese dejado examinar por un psiquiatra, como yo le aconsejaba - prosiguió Ángel-, podía incluso haber sido absuelto, porque se hubiera demostrado que mató inconscientemente.

- Y tan inconsciente que estaba -volvió a exclamar Magdalena-, como que al matar a. Rosalía, a la que tanto amaba, se estaba matando a sí mismo.

- Él lleva la muerte dentro -murmuró Angel en tono lastimero y melancólico.

- La muerte la llevamos todos dentro, Ángel; bien lo dijo don Roberto el día de nuestra boda. Lo que ocurre es que vivimos queriendo ignorarla.

- Pero ella no nos ignora a nosotros, Pedro -siguió Ángel-, y ahora acabará con nuestro hermano en la celda. Veinte años son muchos años.

- O Francisco acaba con ella.

Los años han pasado veloces, con grandes zancadas de sombra, rápidos, como enormes avenidas de agua. Tres Cruces ya tiene estación de ferrocarril. El tren de aquella mañana sólo trae un viajero. Es un hombre mayor, que vive entre los sesenta y cinco y setenta años, pero parece más viejo. Anda encorvado, apoyándose en un bastón. Bajo su sombrero negro se advierte una cabellera blanca y escasa. Antes de que el tren parta de nuevo se le acerca un mozuelo y le pregunta:

- ¿Trae el señor equipaje?

- No, no -responde el anciano-, no traigo equipaje, pero desearía saber si hay en este pueblo algún lugar donde hospedarse.

- Sí, señor, que hay un hotelito muy bueno aquí. Y con jardín y todo. Se llama “Hotel Villa Tranquila”.

El viajero se emocionó al oír el nombre.

- ¿”Villa Tranquila” dices que se llama el hotel?

- Sí, señor, porque los señores del pueblo que edificaron la casa le pusieron ese nombre, sabe usted, y cuando el señor que la compró la convirtió en hotel no se lo quiso cambiar. ¿Quiere el señor que le lleve?

- No, no, gracias, no hace falta, conozco el camino. Dime, muchacho, ¿cuántos sacerdotes hay en este pueblo?

La pregunta extrañó un poco al chaval, pero contestó solícito:

- Pues ahora mismo hay dos, sabe usted, uno que lleva aquí cinco años y otro que dicen que vino al pueblo cuando era muy joven. Se llama don Roberto. Tiene ya ochenta años. Por cierto, dicen que el domingo va a predicar, que quiere echar el sermón por última vez, antes de retirarse del todo, porque ya está muy viejo. ¿Quiere usted que le acompañe a la iglesia del pueblo?

- No, muchas gracias, toma, para ti.

Y le alargó varias monedas que hicieron al mozuelo abrir unos ojos enormes.

Nuestro viajero se encaminó lentamente hacia “Villa Tranquila”. En la puerta se recostaba la figura del dueño, un hombre grueso, con las mangas de la camisa arremangadas y un delantal en la cintura. Apenas vio al viajero se dirigió a él solícito.

- Buenas tardes, señor, ¿desea el señor hospedaje?

- Sí, eso quisiera, hospedarme aquí.

- ¿Para muchos días?

- No sé, depende, no sé.

- Pase, pase usted, tengo una habitación muy bonita con una ventana al jardín.

- Bien, gracias, esa misma me quedo.

- ¿Quiere el señor verla primero?

- No, no, no hace falta.

- ¿Me dice el señor su nombre? Nos exigen que tomemos algunos datos, ¿sabe usted?, hay que hacerlo con todos los señores viajeros...

- Sí, sí, lo comprendo. Anote usted: Francisco Rialta, abogado, viudo, natural de Tres ces, nacido en "Villa Tranquila".

Francisco lloró al encontrarse de nuevo en aquel cuarto, tan lleno de recuerdos para él. Cuántas veces había saltado por aquella ventana hacia el jardín. Allí se encerró el día que vino huyendo por primera vez de su gran enemiga la muerte. Todavía le parecía oír las voces de sus padres, de sus hermanos; recordó el día en que Rosalía, desde el jardín, lo bombardeó con flores para hacerle salir de la habitación. Recordó las risas, la alegría de los invitados el día de su boda. Ahora se encontraba solo. Ángel había perecido en un accidente de coche. Pedro murió en el extranjero, donde fue a vivir con su familia, y Magdalena le siguió a la sepultura un año después. De todo eso se fue enterando Francisco mientras purgaba su condena. Pedro no se había equivocado. Todos habían sucumbido a la muerte antes que él, que tanto la temía.

Tres días estuvo Francisco sin salir de su habitación. Apenas comió. Sabía que el hotelero había hecho esparcir por el pueblo la noticia de su llegada, y no quería ser objeto de la curiosidad popular. Por fin se decidió a dejar la habitación. Era un sábado por la tarde. Casi anochecía. El sol iluminaba muy débilmente los campos, con luz opaca, y algunas estrellas madrugadoras lucían en el firmamento.

El anciano paseaba lentamente, apoyado en su bastón. Llegó hasta el huerto que fuera de don Roberto. Los perales ya no estaban. Habían sido cambiados por melocotoneros. Pero todo lo demás estaba igual. "Parece que no ha pasado el tiempo" pensó Francisco.

Siguió andando y llegó a la fuente. Aquella sí que era la misma. Nada había cambiado en ella. Los embalses eran los mismos y allí estaba el viejo caño echando agua. Aunque nadie había por los alrededores, Francisco tuvo la impresión de no estar solo. El anciano quedó unos minutos contemplando la fuente. Ella había sido la culpable de su atormentada y fracasada vida. Sin embargo, había decidido venir a verla de nuevo, a ver si su enemiga continuaba allí o había muerto de cansancio.

Sin el menor deseo de beber, juntó las manos en un gesto instintivo, como hiciera las veces anteriores y dejó que se llenaran de agua. Pero esta vez bebió. Bebió aprisa, con avidez, como pudiera hacerlo un caminante del desierto. Cuando hubo apurado todo el líquido miró hacia abajo. Las aguas del embalse estaban tranquilas. Francisco no vio nada. Monologando en la soledad del anochecer, su voz era una queja, una rabia contenida, un insulto a su enemiga:

- Has desaparecido, calavera hedionda. Maldita seas por los siglos, tú, que llevastes la maldición a mi vida y a mi hogar. Sobre ti y sobre tus descendientes los diablos sea la sangre de mi Rosalía. Pero a mí no has podido vencerme. El tiempo me habrá llevado, no tú.

La luna abandonó su escondite e iluminó con su pálida luz las aguas del embalse. Francisco seguía mirando con fijeza, como hipnotizado, hablando con su propia alma. Su cansado corazón le palpitó en el pecho. Allí, en las aguas, se reflejaba una sombra borrosa, que se iba perfilando a medida que la luz de la luna se intensificaba. Y cuando el astro nocturno dio todo su brillo a la noche, Francisco pudo ver a su gran enemiga en las aguas. No le había traicionado. Allí estaba esperándole, fiel a la cita. Esta vez la calavera y su rostro estaban tan unidos, que los dos parecían reflejarse en uno. Su sombra y la sombra de la muerte parecían una misma sombra. Así estuvieron los dos durante un tiempo.

Eran las sombras ideales,
bajo el agua sumergidas.

El anciano abandonó la fuente y continuó paseando atajo arriba. Tenía la impresión de no ir solo, aunque sólo su sombra caminaba junto a él. Rodeó la iglesia, el cementerio, descansó varias veces al pie de los cipreses y volvió hacia el hotel con su mismo paso lento, encorvado, sirviéndole el bastón de apoyo a sus años, pensando en lo que no podía dejar de pensar.

Al día siguiente, cuando las puertas de la iglesia se abrieron, el primero en entrar fue Francisco, que vestía impecablemente de negro. Tomó asiento en el último banco del templo, en el mismo gastado banco donde oyera a don Roberto hablar por primera vez de la muerte. Cuando el anciano sacerdote apareció en el púlpito se extendió una ola de emoción entre los congregados, y de algunos ojos cansados brotaron lágrimas.

No obstante su avanzada edad, don Roberto se mantenía en buenas condiciones físicas. Observó por un momento a su querida congregación, detuvo su vista en el anciano vestido de negro que se sentaba junto a la puerta, como queriéndolo reconocer, y luego habló:

- Podría deciros muchas cosas hoy, amados míos, el bien que me hace veros aquí reunidos y poder hablaros por última vez. Pero mis fuerzas son escasas. Temo que la emoción de esta mañana paralice mi voz y no pueda comunicaros lo que pretendo.

- Ya soy viejo -prosiguió el anciano-. He acabado mi carrera, he guardado mi fe, sólo espero la corona que el Justo Juez me tiene reservada.

Las lágrimas seguían humedeciendo los rostros.

- Quiero que mi último sermón sea un estímulo para mí mismo -continuó don Roberto-. Yo estoy ya a las puertas de la tumba, pero no temo a la muerte, porque para mí la muerte será el comienzo de la verdadera vida. Por desgracia hay personas que pasan toda su existencia atormentadas por la idea de morir, con el miedo y el frío de la muerte en el alma. Desesperados buscan en los libros y en los viajes, en el aturdimiento de sí mismos y en las más extrañas ideas, algo que les quite el temor que la muerte les produce y les garantice la inmortalidad. Y se van a la tumba sin encontrar el remedio.

Francisco ni pestañeaba siquiera. Permanecía inmóvil, se diría que petrificado en su banco. Algo debería saber don Roberto, pensaba, habría leído los periódicos que publicaron la muerte de Rosalía, con sus extrañas circunstancias, y el encarcelamiento a que fue condenado, pero era imposible que estuviera enterado de toda su íntima tragedia. Nunca había hablado con él de ello.

El sacerdote continuó.

- Yo he pasado mi vida toda en Tres Cruces, y este cementerio, que veo cada mañana al levantarme, recogerá mis huesos. Pero voy sereno y feliz al encuentro con la muerte. No le temo, porque no tengo motivos para ello. Cristo venció a la muerte y me dio a mí la victoria sobre ella. Ya en la antigüedad, hablando por boca de su profeta, el Cristo eterno anunció “Oh muerte, yo seré la muerte tuya”. Cristo burló a la muerte cuando ésta pretendió segar su vida infantil mediante el Decreto de Herodes; siguió burlándola cuantas veces la muerte trató de arrebatarle la vida y la venció definitivamente crucificándola en la Cruz. En esa intención dice uno de sus Apóstoles que “Cristo Jesús aniquiló la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad por medio del Evangelio”. Y todo esto lo hizo “para librar a aquellos que por temor de la muerte estaban toda la vida sujetos a servidumbre”.

Francisco, que siempre había soportado a duras penas los sermones, escuchaba con enorme interés, sin perder palabra. Aquellas no eran ideas de un viejo cura que chocheaba, sino afirmaciones rotundas de un creyente. Eran las aclaraciones que siempre había buscado en vano, la medicina que su hermano no había podido darle, la tranquilidad de espíritu que no había hallado en los muchos autores consultados. Para él, las palabras de don Roberto eran rayos de luz que abrían una vida de esperanza en la negrura de su alma.

Don Roberto continuó emocionado, tratando de contener las lágrimas, que ya asomaban en muchos ojos.

- Sí, mis amados hermanos, perdonad a este viejo cura que os sermonee más tiempo del que he tenido por costumbre hacerlo hasta aquí. Quería despedirme de vosotros diciéndoos que Cristo es el vencedor de la muerte, que la muerte siempre se inclinó ante su poder de Dios, como

ocurrió a las puertas de la ciudad de Naim, donde resucitó al hijo único de una viuda angustiada; como ocurrió también en la intimidad de la casa de Jairo, cuya hija de doce años había sido arrebatada por la muerte y Jesús volvió de nuevo a la vida; como sucedió, en fin, en la aldea de Betania, levantando del sepulcro a Lázaro, que llevaba cuatro días enterrado; como ocurrirá cuando este arrugado cuerpo mío descienda al hoyo, de donde Cristo lo sacará incorrupto el día de la resurrección.

Terminó don Roberto pronunciando unas palabras de despedida y seguidamente bajó del púlpito y avanzó hacia la iglesia, donde fue estrechando la mano a todos los feligreses, que salían en su mayoría llorando, unos por el sermón en sí y otros por la despedida de don Roberto.

Francisco continuó sentado en su banco, sin moverse, con una extraña luz en sus ojos y una expresión risueña en el rostro. Cuando todos hubieron salido, se acercó a don Roberto y le dijo:

- Usted me recuerda, ¿verdad, don Roberto?

- Perfectamente, hijo, perfectamente. Recuerdo tu boda tan bien como los domingos que, cuando niño, dejabas de venir a la iglesia. En Tres Cruces conocimos algo de tu tragedia por los periódicos y todos nos apenamos con tu pena. Me das una gran alegría al verte aquí esta mañana.

- Gracias, muchas gracias, el que ha recibido una gran alegría esta mañana, una inmensa alegría, he sido yo al escucharle. Pero no quiero cansarle ahora. Usted debe estar fatigado. No obstante, tengo mucho interés en hablar con usted. ¿Qué le parece si nos vemos mañana por la tarde?

- Muy bien, yo iré a "Villa Tranquila" a las cinco.

- ¿Cómo sabe usted que me hospedo allí?

- Porque el hotelero ha estado aquí esta mañana y ha sido uno de los que me han saludado, ¿comprendes?

- Claro, es natural. Pero yo puedo venir aquí, para evitarle a usted molestia.

- No, no, prefiero bajar yo, aún puedo hacerlo, no estoy tan viejo.

- Bien, entonces, hasta mañana y gracias por su sermón.

- Adiós, hijo, hasta mañana.

Al día siguiente, los dos ancianos permanecieron conversando varias horas en la habitación de Francisco. Éste contó al viejo sacerdote toda la historia de su vida amarga, desde el día mismo en que viera a la muerte por primera vez hasta su reciente encuentro con ella, dos días antes. Habló a don Roberto del temor en que siempre había vivido y la nueva luz que iluminó su alma mientras oía su sermón el día anterior.

- Ahora no temo a la muerte -dijo Francisco-, ya no la temo, porque usted me ha enseñado que en Cristo puedo vencerla, y yo quiero hacerlo creyendo, es decir, ya lo he hecho. Lástima que no me hubiera usted aconsejado muchos años antes, lástima.

- Nunca me pediste consejo, Francisco.

- También es verdad, lleva usted razón. No quería hablar de estas cosas con nadie. Pero, por fin, tengo paz en mi alma.

Don Roberto abandonó "Villa Tranquila" cuando caía la noche, contento de haber podido obtener otro triunfo sobre la muerte, rescatando un alma de su esclavitud. Francisco se empeñó en acompañarle hasta la iglesia.

- Le aseguro que no es ninguna molestia -le respondió al sacerdote-. Me gusta caminar un poco a esta hora.

Cuando pasaban junto a la fuente, Francisco quiso mirar de nuevo. Don Roberto y él lo hicieron al mismo tiempo, y sólo sus rostros arrugados se reflejaron en las aguas.

- ¿Ves? -comentó el sacerdote-, la muerte ha desaparecido al nacer en tu corazón la vida. Ya no volverás a ver más esa calavera que tanto daño te ha hecho.

Francisco siguió mirando, pero ahora que el sacerdote se había apartado, sólo su propio rostro veía. Los dos viejos siguieron camino de la iglesia. Iban muy juntos el uno del otro, cada cual apoyado en su bastón, silenciosos. No obstante, tenían la impresión de que un tercer personaje, invisible, iba entre ellos. Un personaje risueño que les daría los buenos días en el reino de luz cuando

ellos dijeran adiós a la tierra.

Las dos sombras dejaron atrás la iglesia y continuaron lentas y calladas hacia el cementerio, escoltados por los cipreses gigantes y acariciados por el airecillo fresco de Tres Cruces.

DEL MISMO AUTOR...

«LA BIBLIA EN EL QUIJOTE»

La crítica de Madrid ha dicho sobre este libro:

«En esta interesante obra el lector queda sorprendido por los varios centenares de textos citados directamente de la Biblia o inspirados en ella que se encuentran en la fundamental obra cervantina» («ABC», 10-10-63).

«Valioso y documentado estudio que nos permite tener a mano, ordenadas convenientemente, las citas, alusiones o referencias de que se valió Cervantes con las Sagradas Escrituras a través de Don Quijote de la Mancha y demás personajes de su cohorte literaria». («MADRID», 29-10-63»).

«En este libro se comparan una variada cantidad de párrafos de la obra de Cervantes con citas y referencias de la Biblia, por lo cual resulta altamente interesante, y si a esto se le añade la ágil pluma del autor, nos encontramos con una obra distinta a esa ingente cantidad de bibliografías que se han publicado a través de los tiempos acerca del «Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha». («DIEZ MINUTOS», 26-10-63).